

Taranne y Nocé la silla de la reina, invitaron á sentarse á Aurora.

Las dos jóvenes se abrazaron. Toda resistencia era inútil: habían caído de nuevo en manos de sus verdugos.

—¿Dónde está Gonzaga?—preguntó de pronto Montaubert.

Los tres caballeros se miraron.

—Debía haber llegado antes que nosotros. ¿Qué ha sido de él? Porque no es posible que se haya extraviado. ¿Habéis visto á Monseñor, señoras? ¡Responded!

De los ojos de Flor brotó un rayo de júbilo, pero enmudeció. Los tres hombres pensaron al mismo tiempo que si ellos no encontraron á Lagardère acaso Gonzaga tuvo el mal encuentro, y un estremecimiento les heló el espinazo.

—Si se ha extraviado—dijo con indiferencia Taranne,—ya hallará el buen camino. Vámonos; á menos que alguno de nosotros no vuelva atrás á buscarle.

La proposición no fué bien acogida. Ninguno tenía ganas de internarse solo por el subterráneo, en el cual podría encontrarse cara á cara con el temible caballero, que le haría dormir el sueño eterno en tan triste lugar.

Después de llamarle varias veces sin ob tener respuesta, pusiéronse en marcha para regresar á Bayona con el «rescate viviente».



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

X

Fechoría póstuma de Pero de Puyane.

Al ver Jacinta aparecer súbitamente á los caballeros y sus prisioneras, brotó de sus ojos una lágrima, que se apresuró á ocultar á Peyrolles. No podía concebir cómo había fracasado el plan tan admirablemente combinado por ella. Por eso al principio sólo pensó en lamentar la suerte de las víctimas; pero muy luego, no viendo con ellas á su hermano, la angustia oprimió su pecho. Sabía que Antonio era incapaz de abandonarlas sin lucha, y temió que le hubiera sucedido una desgracia.

No se atrevió á manifestar su dolor con alguna pregunta poco hábil, y llevando instintivamente la mano á su navaja, al mismo tiempo que brotaban de sus ojos relámpagos de odio, examinó de una ojeada las espaldas de los truhanes de

Gonzaga. Por fortuna, ninguna estaba ensangrentada, y esto la tranquilizó. Un suspiro alivió su pecho.

Al entrar las dos doncellas trocaron con la huéspedada rápida mirada. La de Aurora expresaba resignación; en la de la gitana brillaba el fuego de la rebeldía.

—La duquesa de Nevers—dijo doña Cruz con altivez—se retira á descansar á su cuarto, que bien lo necesita. Nos comprometemos á no intentar la fuga mientras el que se hallaba con nosotras antes de que nos hallaseis no vuelva á buscarnos. Á vosotros os toca, pues, vigilar bien. Pero os prevengo que no tardará.

Estas palabras no tenían más objeto que tranquilizar á la vasca, quien al saber que su hermano estaba á salvo se calmó.

Peyrolles, con expresión de triunfo, se incorporó en el colchón apoyándose en un codo, y dijo á las doncellas ruinmente:

—Quizás hubierais logrado escapar si no hubiese estado yo vigilante. No intentéis, pues, una nueva escapatoria, que fracasaría también. Mientras yo os custodie, no hay miedo de que os roben.

Doña Cruz, siempre dispuesta á la lucha, replicó desdeñosamente:

—Y, sin embargo, no habéis pesado gran cosa

para inclinar la balanza al fracaso, á juzgar por el lamentable estado en que os encuentro. Por supuesto, que si me hubieran escuchado, no estaríais en disposición de guardar á nadie, ni á vuestra propia alma; en el supuesto dudoso de que tengáis alma.

—¡Muchas gracias!—contestó el mayordomo haciendo esfuerzos para hacer un gesto burlón, que resultó una mueca horrible.—Eso quiere decir, si no me engaño, que vuestros labios encantadores habían pronunciado mi sentencia de muerte.

—Así es, caballero. Aplastar una víbora es plausible.

Y con los brazos cruzados, sarcástica, insolente, inclinóse un tanto hacia el colchón en que yacía el aventurero, añadiendo:

—Un perro como vos, señor de Peyrolles, no debiera abandonar nunca á su amo, por no exponerse á perderle. Preguntad á vuestros compañeros qué ha sido de Felipe de Mantua, Príncipe de Gonzaga, cuya jauría formáis.

Dicho esto se volvió, y dijo á Jacinta.

—Vamos á acostar á doña Aurora, y cuando la dejemos descansando volveré aquí para hablar con el señor mayordomo, que parece gustar mucho de mi conversación. Así podrá al mismo tiempo vigilarme de vista. Si no puede impedir á

su prisionera que huya, por lo menos me tendrá á mí en rehenes, y algo es algo.

—Respondo de las dos—repuso el factótum.

Pero la mirada de desafío que le lanzó Flor le desconcertó.

Subieron á la estancia que habían creído abandonar para siempre.

—No temáis por vuestro hermano—dijo la gitana al oído de la vasca.—Ni siquiera le han visto.

Aurora no pronunció una palabra; tenía fiebre y sentía flaquear sus rodillas: tantas emociones la habían aniquilado. Al desnudarla abrazó á la hostelera y balbuceó:

—¡Gracias, gracias desde el fondo de mi corazón por lo que habéis tratado de hacer en beneficio nuestro! ¡Gracias por vuestra abnegación y la de vuestro hermano hacia una desconocida que no puede hacer más que besaros como una hermana! Nuestro guía era valiente y caballero. Si hemos fracasado á pesar suyo, es que no llegó la hora de nuestra libertad, que nuestro calvario tiene aún más estaciones. ¿Querrá Dios que me vea libre algún día? ¡Se acabó, se acabó; ya he perdido toda esperanza!

—¡No, no se acabó; no está todo perdido!—replicó la vasca irguiendo la cabeza con denuedo

—Temí por un instante que hubieran matado á

mi hermano. Pero, puesto que vive, ¿quién nos impide buscar otro medio, aunque tenga que agujerear la piel á esos malos irines que están abajo?

Su aspecto bravío la embellecía más. El valor irradiaba en su frente; las venas de sus sienes hinchábanse con el esfuerzo de su enérgica voluntad soberana: transformábase en heroína. En las Vascongadas no se hacen juramentos vanos; pero cuando se promete algo, se cumple, cueste lo que cueste. Jacinta, la flor de la Vasconia, había jurado proteger y auxiliar á dos mujeres que padecían, á dos mujeres que amaban. ¿Quién sabe si no fué este último motivo el que determinó su conducta?

Doña Cruz la admiraba sobre todo por su abnegación espontánea, y, como Aurora, sentía nacer en su corazón profundo afecto por aquella amiga á quien la víspera no conocía, y que había arriesgado por ella la tranquilidad, la paz de su casa, la vida de los suyos, y acaso la propia. Tales sentimientos, raros ya en aquella época, y desconocidos hoy día, juntaron las manos y los labios de las tres mujeres, sellando solemne pacto de confianza, de gratitud y de amistad.

Aurora, aniquilada y calenturienta, se durmió en breve, y Jacinta dijo:

—¿Qué ha pasado? Contad pronto, pues tenemos que bajar.

Doña Cruz la puso al corriente de lo sucedido haciendo una sucinta relación de las peripecias de su fuga.

—No ha sido culpa vuestra ni de mi hermano. La fatalidad lo dispuso así. Pero no se necesita mucho para que los vivos se conviertan en muertos, para que las cadenas de los presos se rompan, para que Dios haga justicia. Apenas si ha salido el Sol: cuando se ponga, ¿quién sabe lo que habrá ocurrido? Descansad un instante; debéis de estar fatigada.

—¡No; no podría dormir! Prefiero estar á vuestro lado: vuestro valor me reanima. Además, he prometido á Peyrolles que bajaría.

Se concertaron aún un instante hablando en voz muy baja, y descendieron á la sala donde Peyrolles, inquieto y lívido, preguntaba lo ocurrido á los tres expedicionarios que acompañaron á Gonzaga.

La alegría de haber recobrado á las fugitivas se acibaraba con la inquietud acerca de la suerte del Príncipe, y los tres truhanes y el mayordomo entregábanse á conjeturas variadísimas que convergían á una pregunta que nadie se atrevía á formular. ¿Quién era el hombre que acompañaba á las fugitivas? Un solo nombre acudía á la mente de los cuatro: Lagardère.

Y tanto menos dudaban, cuanto que la desaparición de Felipe de Mantua parecía suministrar la prueba más fehaciente. No necesitaba tanto Peyrolles para perder los pocos colores que solían animar su rostro.

Doña Cruz ignoraba, como ellos, el paradero de Gonzaga; pero, adivinando el terror y sobresalto que su desaparición causaba á los *enrodados*, resolvió aprovecharse de ella para vengarse y hacerlos rabiar.

—¡Qué pálido estáis caballero!—dijo sarcásticamente á Peyrolles en cuanto penetró en la sala.—Será que no habéis dormido esta noche ¿Por qué no imitáis la conducta de vuestro amo? ¡Es tan agradable dormir mucho, siempre!

—¿Siempre?—interrogó el mayordomo angustiado.—¿Sabéis dónde está el señor Príncipe? ¡Hablad! ¿Ha sido herido?

—Puede ser. Un personaje como él no se extravía fácilmente; y si desaparece, señal es de que encontró algo en su camino. Ahora bien; entre las cosas graves que tenía mayores deseos de evitar hay que poner en primer término cierta espada...

—¡Cierta espada!—repitió Peyrolles pasándose la mano por la frente.

—¡Oh! No una espada traidora, de ésas que hieren por la espalda, como en el foso de Cay-

lus, sino un acero leal que ataca de frente y hiede en la frente.

La evocación de este recuerdo hizo estremecerse al factótum, que miró á la joven lanzando sus pupilas relámpagos acerados. Ella continuó socarronamente:

—¡Oh! ¡No me miréis de ese modo, caballero! Decía que acaso se hubiera encontrado vuestro amo con una estocada de que no habéis podido librarle, á causa tal vez de que vuestra única preocupación es llegar á ser un perfecto carcelero.

No satisfecha aún, quiso llevar al extremo el sarcasmo, vengando así en cierto modo los sufrimientos de Aurora.

—Á vuestra edad es peligroso subir de noche por una escala de cuerda para cometer la indiscreción villana de espiar á unas doncellas en su dormitorio. ¡Puff! ¡Es cosa de lacayos muy bellacos, que suelen encontrar á veces lo que menos esperan! Vos sabéis algo de eso. Sin duda vuestros ojos, turbados por la visión que por adelantado contemplaban, no os permitieron ver la sombra; ¡la sombra que os espiaba desde abajo! No neguéis. Estoy en lo cierto, y lo prueba la expresión colérica de vuestro semblante. Pues ahí tenéis cómo vuestra precipitación os fué fatal; porque aquella sombra—y esto no son suposi-

ciones, pues yo lo he visto—os hizo saltar bruscamente desde el décimo escalón al suelo, que medisteis con vuestro cuerpo.

La rabia del mayordomo llegó al colmo:

—¡Basta de alfilerazos, señora!—rugió.—¡Vuestra mala intención puede costaros cara! ¡Olvidáis que solo habéis sido libres un momento y que ya no lo sois!

—No olvido que sois el lacayo de un cobarde y que, desaparecido éste (como vos desapareceis sin duda pronto), Aurora y yo seremos libres para siempre. El amo, el verdadero amo, es el caballero de Lagardère, que no tiembla ni se escapa. ¡Oh, no! ¡El persigue y mata!

Peyrolles se levantó rígido ahogando un grito de dolor, y trató de agarrar por el puño á doña Cruz, que se retiró con repulsión.

—¿Vive Gonzaga, ó ha muerto? ¡Responded! —gritó colérico.

Pero ella, sin perder la serenidad, replicó con ironía:

—¿Y que me contáis á mí? Dirigios á esos caballeros que le acompañaban. ¿Me atañe á mí deciros lo que hicieron de él? Que yo sepa, mi misión no era velar por vuestro amo; y si esta noche no ha vuelto, la Duquesita de Nevers y yo emprenderemos el camino de París, sin vos, señor de Peyrolles. ¡Oh! Pero no temáis: por ser

menos numerosa nuestra escolta, no será peor ni menos temible. Dignaos reflexionar, y preparaos para recibir mis adioses.

Era mucha presunción la de Flor al hablar así; pero, aparte de que su principal objeto era mortificar á los truhanes, contaba algo con la casualidad. La misteriosa desaparición de Gonzaga dejaba el campo libre á toda esperanza. Creía que aquel retraso podía dar lugar á la llegada de Lagardère, acaso acompañado de Chaverny, y esta convicción secreta le inspiraba audacia.

Los otros tres aventureros regresaron entonces de explorar los alrededores de la ciudad, donde no hallaron nada anormal, y su sorpresa fué menor al saber la vuelta de las doncellas que al enterarse de la misteriosa desaparición del Príncipe. La cuadrilla estaba completa, pero desorientadísima por faltarle la cabeza. Ninguno pensaba en comer ni en beber, y todos estaban cariacontecidos.

—El almuerzo está dispuesto, caballeros— anunció la huéspedea,—y espero vuestra orden para servirlos. Pero no esperéis que os haga compañía como anoche. Tengo la cabeza pesada, y voy á descabezar un sueño. Si necesitáis algo, ¿quién está mi hermano, un buen mozo que acaba de llegar de Burgos.

Con efecto; Antonio acababa de aparecer en el umbral, algo triste y desaminado por el fracaso, y temiendo incurrir en los reproches de su hermana y de las jóvenes. Pero una expresiva mirada de doña Cruz y dos palabras de Jacinta le tranquilizaron del todo.

—Á vuestras órdenes, señores—dijo.—Cuando gustéis ponerlos á la mesa...

Peyrolles se estremeció. Dijo que reconocería al hombre por la voz, y aquella voz acababa de herir su oído. Miró al vasco atentamente. El hombre sostuvo su mirada con tanta indiferencia, que el mayordomo dudó, resolviendo someterle á una prueba decisiva.

—Monseñor el Príncipe no ha vuelto aún—dijo,—y le aguardaremos. Aunque quizás sería mejor ir á buscarle.

—¿Adónde?—preguntó Oriol.

—Al subterráneo, en el cual se ha extraviado indudablemente. Id todos menos dos, que se quedarán conmigo: Oriol y Lavallade. Id, y buscad un guía. ¿Conoces tú el subterráneo?—preguntó de súbito, lanzando miradas de halcón al montañés.

Éste no pestañeó ni movió un músculo de su cara.

—¿Cuál? ¿La galería de Pero de Puyane? Hace cerca de diez años que no he bajado, y

aun entonces no llegué más que á mitad del camino. Éramos dos: mi compañero quiso avanzar más, y no he vuelto á verle.

—¿Eres miedoso?—interrogó con desdén el mayordomo.

Antonio le miró de alto á bajo con altivez.

—¡Los vascos no conocemos el miedo! Os he advertido simplemente, porque ignoro qué queréis hacer allí y por qué se ha quedado en la galería uno de los vuestros. El subterráneo necesita una presa cada vez que se ponen los pies en él. El que buscáis ha sido ahora esa presa. En la nueva expedición reclamará otra.

Los cuatro *enrodados* sintieron un escalofrío.

—Señores, haced lo que os plazca—exclamó Peyrolles;—pero si nadie quiere ir, yo haré que me lleven. Necesitamos encontrar al Príncipe. Sin él no somos nada.

—El señor de Peyrolles tiene razón—agregó burlonamente doña Cruz.—Id á buscar vuestra cabeza, señores. No tenéis que perder más que la vida, y es tal, que el Diabolo no la querrá, probablemente.

Montaubert estaba siempre dispuesto para una correría, por peligrosa que fuera; y como, además había atravesado ya el subterráneo sin que le hubiera ocurrido nada, llamó á la huéspeda y pidió vino.

—Bebamos primero. Hace mucho frío en esa boca del Infierno, y hay que calentar un poco el cuerpo. Partiremos en seguida.

Jacinta llevó varias botellas, y mientras los *enrodados* chocaban los vasos habló en la cocina con su hermano.

—La zanja es profunda—le dijo,—y se ignora dónde desemboca. Si hallases á Gonzaga cerca de la boca...

—¡Comprendido! No te inquietes si no vuelvo hasta la noche.—Y volviendo á la sala, exclamó:—Estáis perdiendo el tiempo, caballeros, y vuestro camarada puede necesitaros. Bebed pronto, señores; alguno de vosotros beberá quizás la última botella.

—¡Cuernos de Lucifer, amigo!—exclamó Tarranne.—¡No tenéis las ideas muy alegres! No sé si será ése el carácter del país.

—También puede que sea yo el que no vuelva. El subterráneo necesita una víctima.

El único que no expresaba temor era Oriol, que hubiera besado con mucho gusto al mayordomo por ordenarle que se quedara. Peyrolles habría preferido que fuesen todos; pero necesitaba alguien que velase por las doncellas y por él mismo, que no las tenía todas consigo, pues Lagardère podía surgir de un momento á otro y peligrar su piel. Aunque no tenía mucha

confianza en aquellas dos espadas, sentía cierta satisfacción en verlas á su lado.

De uno en uno y llevando cada cual su antorcha los cuatro aventureros penetraron en el subterráneo detrás de Antonio, registrando minuciosamente toda la galería. Al llegar al punto de bifurcación de los dos ramales preguntó Nocé:

—¿Que es eso?—Y quiso penetrar por el corredor que daba al torrente.

El guía se le interpuso:

—¡Cuidado! No entreis ahí; es inútil. ¿Veis esa roca que está á pocos metros? Cierra el paso, y al otro lado hay una cascada de más de ochenta pies de altura. Os quedaríais sordos para tres días.

Algunos quisieron insistir.

El vasco adelantó la antorcha y les mostró la roca.

Montaubert, como lo había hecho desde la entrada, llamó en voz alta á su señor, sin que le respondiera más que el eco.

Siguieron adelante sin ver que el ramal formaba un recodo y continuaba á la izquierda, y no tardaron en llegar al mismo sitio donde habían hallado á las dos damas. La luz penetraba profusamente, iluminando el suelo cubierto por multitud de huellas de pasos.

Pero ninguna de ellas fué reconocida como

de Gonzaga. Seguramente había salido del subterráneo y encontrado á Lagardère, lo cual, para todos los aventureros, equivalía á haber muerto. Doña Cruz y Aurora de Nevers lo sabían: por eso dijo á Peyrolles lo que le dijo la primera. Pero en ese caso, ¿por qué el caballero no las había defendido contra los tres que las capturaron?

Inquietos al entrar en el subterráneo, salían de él aterrados, conscientes de haber perdido lo que constituía toda su fuerza. Se lo habían sacrificado todo; por él se hallaban desterrados del reino; sólo contaban con las promesas de su señor, y éste desaparecía de pronto, dejándolos ante lo desconocido, frente á un sombrío porvenir. ¿Qué podrían hacer en España privados del apoyo de Gonzaga? Un sordo rencor se incubaba en sus corazones contra el que, habiendo causado su pérdida, los abandonaba á mitad de la jornada.

—Sin embargo, su cadáver debe de hallarse en alguna parte—dijo Montaubert, que era el más tenaz.—Hay que hallarlo.

—Acaso le encontremos en las ruinas del castillo de Miot. Pero si es así, no estará vivo. Esas ruinas están malditas. ¡Vamos allá!

Siguiéronle sin entusiasmo, y comenzaron sus investigaciones por los matorrales de hiedra, po

entre las plantas parásitas y las cavidades de las peñas. La yerba no había sido aplastada por humano pie, y el silencio sólo era turbado por el graznar de los cuervos que revoloteaban con pesado vuelo. Desalentados los aventureros detuviéronse, y se sentaron un instante para celebrar consejo. Estaban sombríos, y profundas arrugas surcaban su frente.

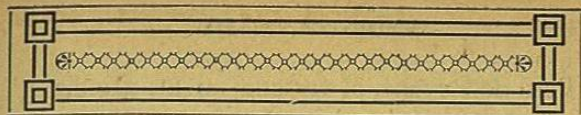
—¿Qué ruinas son éstas?—preguntó Taranne.

Todos ansiaban olvidar sus preocupaciones, aunque fuera por breves momentos, y la pregunta de Taranne fué oportuna.

—Han pasado aquí cosas terribles—murmuró el guía.

—Cuéntalas si las sabes—le ordenó Montaubert.

Los muros conservaban aún á través de los siglos huellas de un incendio, y la yerba no había vuelto á nacer en los sitios que las llamas lamieron. Entre los montones de piedras desprendidas crecían plantas parásitas y trepadoras, y el Sol enviaba sus rayos sobre ellas, iluminando hasta lo más hondo, alumbrando á los lagartos que se deslizaban entre los pedruscos y las yerbas.



XI

Un cuerpo en la zanja.

Antonio Laho se apoyó en un trozo de muralla y dijo:

—¿Queréis saber la historia del castillo de Miot? Se relaciona con la del subterráneo. Vais á ver. Todos recuerdan en la región á un marino que llegó á ser almirante y corregidor de Bayona. Se llamaba Pero de Puyane, y era tan cruel, que todos temblaban en su presencia. Cuando navegaba colgaba de las vergas de su navío á los prisioneros que cogía, colocando entre ellos perros. Un buen día los vascos no quisieron pagar el impuesto sobre la sidra que se fabricaba y vendía en Bayona. El corregidor prohibió la venta, so pena de cortar la mano al infractor, lo que sufrieron muchos sin pertañear. Los vascos no bebieron más sidra de Bayona, pero no cesaron;